

tas del pueblo de Huajuapam, que lo era el español D. Cayetano Machado, se retiraba á Oaxaca con su familia; y en el camino fué víctima de la atroz ferocidad del sargento Trinidad Reina, que le quitó la vida con inaudita crueldad. El gobierno alarmado con el carácter sangriento con que se iniciaba la revolución, determinó confiar el mando de la expedición que la sofocara, á uno de los miembros del poder ejecutivo, recayendo la elección en el general Victoria; y fué tan feliz en sus operaciones, que sin necesidad de emplear la fuerza, apagó el incendio que comenzaba por la mediación del eclesiástico D. Ignacio Ordoño que ejercía grande influjo sobre Leon. Pero este feliz resultado no se supo explotar como convenia, dejando en pié la cuestión que constantemente se suscitaba por la ocupacion de los españoles en los puestos públicos; y á mas, vino á ser un poderoso elemento para que el partido demagógico consiguiera ese poderoso influjo con que descarriló al país del sendero de su felicidad, desde los primeros dias de la independencia.

Esto pasaba en el mes de Agosto de 1824; y el congreso entretanto se ocupaba de dar al país la constitucion que debia servir de base fundamental para sus instituciones políticas. La constitucion de 1824 como se ha dicho ya, fué una monstruosa amalgama de los principios que germinaron en España en la época de su revolución, y de las instituciones bajo que estaba constituida la nacion de los Estados Unidos de América, de la cual se quiso hacer una servil imitacion, sin tomar en cuenta la diferencia de usos y costumbres y por consiguiente de las diversas necesidades de ambos pueblos y de la diversa marcha que necesitaban. Todos convienen, en que nadie rabajó en esta obra, como el diputado por Coahuila D. Miguel Ramos Arizpe; y que la constitucion tal como se

dió, salió de la exaltacion de aquel cerebro tan brillante por sus conocimientos como extraviado en su juicio; y que nadie ha calificado seguramente con tanto acierto, como el Sr. Tornel cuando compara los arranques de su ardiente imaginacion, al brillo del relámpago en una noche tempestuosa. La constitucion adoptando por base la forma republicana federal, se publicó el dia 4 de Octubre de 1824. Desde antes de concluirse, se habia tratado del nombramiento de presidente para la república, y en esta primera lucha figuraron como candidatos los generales Victoria, Guerrero y Bravo, representando los dos primeros al partido federalista y el último el partido que deseaba la república central, como mas propia y adecuada á las costumbres seculares de este pueblo y mas cercana á los límites de la perfeccion á que pueden aspirar las sociedades humanas.

Si el gobierno que se levantó sobre las ruinas del trono de Iturbide, no hubiera hecho una persecucion tan enconada á los adictos al emperador, tal vez los habria tenido entre sus filas en aquellos momentos solemnes en que definitivamente se iba á fijar la marcha del país y con esta union se habria podido contrapesar el partido opuesto y haberse encadenado el torbellino demagógico que venia envuelto en la forma de gobierno federativo; pero una persecucion impolítica, hizo que por esos dias fuera á refugiarse el partido iturbidista entre el partido federal, no porque simpatizara con él en ideas, sino porque allí veia un escudo para escapar de los tiros del gobierno, que lo habia elegido como víctima de su política desacertada. Y todos estos incidentes, con el de éxito feliz del general Victoria en su campaña de Oaxaca contra el coronel Leon, hicieron que los federalistas se sobrepusieran en estas primeras elecciones, quedando nombrado presidente de la república el general D. Guadalupe

Victoria y vice-presidente el general D. Nicolás Bravo siendo ambos los dos hombres mas prominentes de los dos partidos que en aquellos momentos tenían dividida á la nacion y en una lucha sin tregua. Esta circunstancia sin embargo, hizo lucir una ráfaga de pasajera esperanza en aquel horizonte entenebrecido, porque muchos ánimos se lisongearon con la idea de la union de los partidos, estando colocados en la primera magistratura de la república, los dos hombres que los encabezaban; pero no tardó en venir el desengaño, por la indocilidad de los partidos que miran mas á su conveniencia que el bien público, y por el egoísmo característico de las pasiones políticas. El general D. Guadalupe Victoria tomó posesion de su alto puesto de presidente, el 11 de Octubre de 1824, siguiendo formado su ministerio lo mismo que lo estaba antes, del Sr. D. Lucas Alaman encargado de la cartera de relaciones, del Sr. D. Pablo de la Llave de la de justicia, del Sr. D. Ignacio Esteva de la de hacienda y del Sr. general D. Manuel Mier y Terán de la de guerra.

En los primeros dias del gobierno del general Victoria, tuvo lugar un acontecimiento, que es de los que la historia tiene que señalar como culminantes en las tristes páginas de los anales de México, porque en él se hallará la fuente de innumerables trastornos sufridos con tan heroica resignacion por este desgraciado pueblo, como causados con alevé injusticia por sus mas encarnizados enemigos. Este hecho es, la venida del primer ministro de Norte América, que así nos la refiere uno de los testigos presenciales y el escritor mas adicto al gobierno de Victoria.

«A principio del año, [1825] y en hora malhadada para la república, arribó á Veracruz con el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos cerca de nuestro gobierno, el Sr. Joel R.

Poinsett, natural de la Carolina del Sur, y descendiente de una de las familias que emigraron de Francia á consecuencia de la revocacion del edicto de Nantes. Habia viajado con provecho en el mediodia y en el Norte de la Europa, en el Asia menor, y en la América del Sur, contrayendo relaciones que le ganaron importancia en su propio país. En la república de Chile se mezcló en las discusiones civiles, adhiriéndose al partido de los hermanos Carreras con *aquel génio artero que desarrolló en México á los mil maravillas*. Como simple viajero ó explorador nos visitó desde el año de 1822 y de regreso á su patria dió á luz una obra con el título de «Notas sobre México.» Ella contiene las curiosas noticias estadísticas que pudo recoger, la descripción de los lugares que vió de prisa y el juicio que formó de las cosas y de los hombres notables de la época. Aunque su mansion no fué muy larga, le bastó para penetrar con su ojo certero y avisado, la marcha que llevarian los acontecimientos, la incertidumbre de las instituciones y los medios fructuosos que podrian emplear los Estados-Unidos para asentar su influencia y hacerla preponderar sobre todas las naciones comerciales de Europa. No se descuidó de sembrar ideas republicanas y de presentarnos como modelo las leyes de su patria, y como recompensa la gigantesca prosperidad de que disfruta. Preparado así el terreno, y contando con los amigos que se habia adquirido, estuvo seguro de una favorable recepcion; y de facto la logró, contribuyendo en no poco sus corteses modales, su fino trato y la gracia con que se explicaba en el idioma español. Encontrando buenas disposiciones en la sociedad culta de la ciudad de México, introdujo la costumbre de las tertulias, á que invitaba por un lado, á las bellezas del país, y por otro, á las personas mas distinguidas por su situacion social, por su riqueza ó por su talento. Así

fué haciéndose cabida poco á poco, hasta lograr atraerse á algunos mexicanos que eran depositarios de los secretos de estado, y que poniendo en juego sus malas pasiones, tanto le sirvieron cuando juzgó que era llegado el momento de desarrollar sus planes maquiavélicos. Con un gozo que no disimulaba, aplaudió que México hubiera preferido la federacion á todas las formas de gobierno, porque á su viveza no se ocultaba que por este medio debilitaba su fuerza de accion, y que siendo contrarios todos sus antecedentes á instituciones tan perfectas, vendria por necesidad el choque de las leyes con antiguos hábitos y costumbres, y por conveniencia una dilatada anarquía. Cuando ella estalló, procuró que fuera duradera, dando organizacion á un partido, excitando sus naturales animosidades contra su rival, que parecia sospechoso por el número crecido de españoles que encerraba en su seno, y porque estaba dirigido ostensiblemente por algunos de los mexicanos apegados á las ideas políticas mas en boga en los pueblos europeos. Por este arbitrio tan ageno de la circunspeccion de diplomático, y secundado poderosamente por el Sr. D. Lorenzo Zavala, consiguió tal prestigio en el partido popular, que se le consultaba como á oráculo, que desempeñó una verdadera dictadura, ante la cual, para vergüenza nuestra, se doblegaban muchas de las notabilidades del país, hombres revestidos de carácter público, y miles de ciudadanos que no alcanzaron cual era el blanco de sus arterías. Con su aparente franqueza, pudo así abusar del candor de un pueblo inocente, y como su talento era persuasivo, vieja su experiencia y eminentemente americano su lenguaje, no es extraño que de sorpresa en sorpresa, de engaño en engaño, sedujera á tantos mexicanos, que han lamentado despues su funesta ceguedad.

Una vez que hemos conocido el carácter artero del mi-

nistro americano Poinsett y los rasgos genéricos de su mision y su conducta en México, vamos á determinar algunos de esos hechos en que él figura como principal instigador, y que han sido para la nacion como la terrible caja de Pandora donde se han atesorado todos los males, y que han hecho producir los lúgubres gemidos que este pueblo ha exhalado en su prolongada agonía de cincuenta años.

Su mision principal era la de adormecer á este pueblo incauto entre los inciensos de una adulacion innoble, con pretexto de una mentida fraternidad con el de los Estados-Unidos del Norte: debilitarlo en su accion por medio de un extravío lamentable en su carrera administrativa, para impedir el vigor que en su desarrollo debia adquirir con sus poderosos elementos; y mantenerlo así bajo la vergonzosa tutela del influjo moral de aquella nacion que ya ostentaba como un coloso su gigantesco engrandecimiento. A la venida de Poinsett, el terreno estaba perfectamente preparado para sus miras: las facciones no solo existian para devorar el seno de la patria, sino que de hecho se hacian una cruda guerra: la demagogia que es el precursor de esas horrorosas escenas de sangre que causan á los pueblos el llanto y la desolacion, se hallaba perfectamente aclimatada por tantos espíritus poco previsores y amantes de la servil imitacion aun de lo malo: hombres aun colocados en las mas encumbradas regiones del poder, dispuestos á sacrificar los mas sagrados intereses, con tal de obtener el mesquino triunfo de sus pasiones: relajados los resortes de la autoridad y las reglas de la moral pública, desde el anárquico y funesto movimiento, que el cura Hidalgo imprimió á las masas ciegas y agenas del abismo que con aquella impolítica revolucion abrian á sus piés: engendrado un odio profundo entre los que habian representado el poder del trono de Castilla, que

era donde estaba acumulada toda la riqueza, y los que con su manera y su genio habían aplastado aquella mano que por tres siglos llevó el cetro de la dominación de este nuevo mundo; y sobre todo esto, el influjo y la superioridad que ejercía sobre aquella sociedad, el ministro americano.

Ya en otra parte hemos visto, que desde 1820 existía organizada la masonería en México bajo el rito escocés; y en lo que llevamos referido, hemos tenido que lamentar grandes males ocasionados á la patria por la tenebrosa acción de estas funestas juntas, que no han llegado á existir hasta hoy en pueblo alguno, sin dejar en pos de sí amargas memorias, y una sangrienta huella sobre las ruinas de una sociedad desquiciada. Para el tiempo en que llevamos la narración, las logias escocesas tenían una grande preponderancia, pues estaban iniciados en sus misterios muchos españoles, los mexicanos que deseaban la monarquía de los Borbon, los que rechazaban el sistema federal y aun muchos de los iturbidistas mas apasionados á la monarquía.

Los enemigos de este partido que no hallaban otro medio de avasallar, que formando un partido popular que por su número contrapesara aquella poderosa fuerza, pensaron en levantar otra secta secreta; y nadie trabajó en esto como D. Lorenzo Zavala. Era este señor, natural de Yucatan y uno de los ingenios mas esclarecidos de aquella época: la crisis porque había tenido que pasar el país, le había proporcionado un vasto teatro para hacer lucir la claridad de su talento; pero este faro de luz se a nublaba con mucha frecuencia, por las sombras de la ambición y estaba expuesto siempre al torbellino de una veratilidad lamentable. El había figurado en primera línea en todas las escenas que se habían ido sucediendo en el país, y cada día crecía mas su deseo de dominarlo todo; pero su mismo ge-

nio turbulento y voluble, lo iba haciendo alejar de la acción del poder que él aspiraba á ejercer sin trabas. Ningun instrumento podia ser mas á propósito para las ocultas miras del astuto Poinsett, y él fué quien le sugirió la idéa de la formación de las logias yorkinas, satisfecho el hábil diplomático americano, que levantada la sociedad yorkina frente al poder de la escocesa, habría en México un medio seguro no solo de sembrar la anarquía, sino de hacerla duradera, que era lo que convenia á la artera y mesquina política del gabinete de Washington.

Poinsett y Zavala sabian muy bien, que las sociedades secretas decoradas con falsos títulos de beneficencia, tienen un poderoso atractivo para los corazones dotados de compasiva sensibilidad: que en su carácter envuelto en la oscuridad de los misterios, llevan un motivo de seducción para engañar á los sencillos é ignorantes: que en sus frases confusas que la generalidad no comprende y sus ocultas ceremonias que la credulidad vulgar admira, tienden una red para arrastrar á la inexperiencia y al candor; pero queriendo que la nueva secta brillara con todo el esplendor con que el sol aparece en el Oriente y todo el prestigio que da la protección del poder, no quisieron establecerla, sino cuando estuviera bajo la égida del gobierno, que mas tarde había de ser una de las víctimas de aquel áspid que iba á abrigar en su seno y amamantar en sus pechos.

Para conseguir que el gobierno concediera los títulos de su paternidad á este engendro monstruoso, se valieron del senador Alpuche y del oficial mayor del ministerio de justicia, el eclesiástico D. Miguel Ramos Arizpe. El primero no solo iba acorde con Zavala por sus ideas, sino que sus relaciones se hallaban muy estrechas por ser nativos de un mismo suelo, y como partidario exaltado de las doctrinas dominantes, disfrutaba en la cámara de un

ascendiente casi decisivo por su carácter sacerdotal. Y Ramos Arizpe ardiente defensor del sistema federal y de un carácter fogosísimo, no podía menos que prohibir aquella idea por funesta que fuera, con tal de tener en ella una poderosa palanca para sojuzgar el poder de los contrarios. El ministerio que ya se había modificado con la entrada de los Sres. Gómez Pedraza y Camacho, opuso resistencia á que el gobierno permitiera el establecimiento de las nuevas logias, pero al fin el general Victoria que como todos los espíritus medianos, era contemporizador y amante de los términos medios, cedió á la instigación del proyecto anárquico y deletéreo de organizar la secta, que regularizó Poinsett como antiguo mason, haciendo él mismo la consagración del templo y la apertura de la gran logia.

El ministro de hacienda D. Ignacio Esteva fué el gran maestro de la sociedad: el presidente Victoria presidía una de las logias; y con este ejemplo, muchos generales, senadores y personas de la mas alta categoría, fueron á filiarse á ese nuevo partido que á la sombra del secreto y entre los tenebrosos misterios de la franemasonería, se preparaba para combatir á sus contrarios y dejar en México una triste memoria de sus sombríos acontecimientos. Como la secta yorkina ofrecía nuevos alhagos, no solo por su carácter de novedad, sino tambien por la calidad de las personas que á ella pertenecieron, empezó á ver en su seno hasta muchos miembros de las logias escocesas; y estas, conociendo los proyectos de los amigos de su antiguo rito, al vender los secretos de que eran poseedores, daban al rito yorkino mejores elementos para hacer la guerra al partido contrario, y hacían que la lucha fuera mas enconada.

Los dos partidos contaban en su seno hombres de la mas alta representación y el escoces estaba regentado por el general D. Nicolás Bravo, á la vez que el yorkino con-

taba como su principal corifeo al general D. Vicente Guerrero; hombres ambos que gozaban de grande influencia por su dilatada carrera en la guerra de independencia. Uno y otro partido tenia su órgano en la prensa, siendo «El Sol» el periódico de los escoceses y «El Correo de la Federación» el de los yorkinos; y en las columnas de ambos se trataban las cuestiones mas insignificantes con una acrimonia inusitada, llenando sus virulentos artículos con alusiones personales, imputaciones las mas ofensivas y sin tener en cuenta ni los preceptos de la moral, ni siquiera el debido miramiento á la decencia.

De todo esto se regocijaba Poinsett, porque veía en muy poco tiempo sazonado el fruto de perdición que su mano había sembrado en esta tierra virgen é inexperta: él veía la corrupción general de las costumbres en todas las clases, relajada la disciplina del ejército, hecha una farsa el poder electoral, anulada la acción del gobierno por su indiscreción en favorecer las sociedades secretas, para contener los avances de los partidos que habían robustecido sus fuerzas y enconado sus ánimos con un odio profundísimo; y tras de todo esto, venía la revolución asomando su cabeza sanguinaria y su demacrada mano, para sembrar la desolación en todo el fértil territorio de la república y esparcir el luto por todas partes, gozándose nuestro orgulloso vecino en nuestra dolorosa agonía, mientras llegaba el momento de absorvernos, como se goza la fiera en las últimas convulsiones de su víctima que le ofrece un sangriento banquete. No faltaron entonces sin embargo, algunas personas previsoras, que se alarmaron con las desastrosas consecuencias que debían traer al país los avances de la franemasonería, y se presentó una iniciativa al senado por los Sres. Molinos del Campo, Ceballos y Martínez para que se expidiera una ley prohibiendo las sociedades secretas. El pensamiento contaba con el desengaño que el gobierno había

tenido de su debilidad, pues lejos de haberse desembarazado de la influencia de los escoceses oponiéndoles la acción turbulenta de los yorkinos, no había hecho más que dar pábulo á la hoguera que amenazaba consumirlo todo, y viendo rebajado el prestigio de la autoridad, el general Victoria lamentaba con profunda amargura el funesto error en que había incurrido y el abismo á que se había lanzado á la nación, pero su arrepentimiento además de ser tardío, era estéril, pues perfectamente organizados los partidos y lanzados el uno sobre el otro con furiosa saña, seguían su luctuosa marcha, siendo impotente la mano de la rebajada autoridad para contenerlos; y hasta el mismo gobierno por razón natural se hallaba como enclavado sin poder tomar una marcha segura y que no fuera la inclinación alternativa á ambos partidos, cuando los hombres mas encumbrados en el poder pertenecían á una y otra secta. Así fué, que vacilando el gobierno entre temores remotos de un porvenir sombrío si dejaba correr la acción de las logias masónicas, y los temores próximos de ser víctima del furor de ellas mismas si las reprimía, dejó que la nave del Estado bogara en aquel mar borrascoso y agitado, á merced de los contrarios vientos que soplaban con toda la fuerza de un huracan asolador.

La posteridad que ha venido al mundo entre los furros de la guerra civil, producto natural de aquellos deplorables descarríos: que por todas partes descubre la huella sangrienta de una revolución prolongada: que no vuelve sus ojos á ningún lado sin descubrir víctimas que lloran sin tregua sus dilatados infortunios; y que no da un paso sino sobre las ruinas y general desolación, será inflexible en su fallo para lanzar su terrible anatema sobre los principios demagógicos que han sido la fuente de tan hondas desventuras, sobre la política maquiavélica del gabinete de Washington que con diabólica perfidia vino á

sembrar el veneno en nuestra naciente sociedad, y sobre los que por saciar una pasión innoble y adquirir un efímero triunfo fueron dóciles instrumentos de aquella mano alevé, que bajo la cubierta de fingida amistad nos brindaba el puñal fratricida que nos devoraba.

En estos mismos dias en que en el seno de la sociedad mexicana se sembraba la funestísima semilla de la francmasonería, el gobierno de México tuvo un triunfo, cuyo timbre de gloria ha sellado con justicia la tumba de los grandes hombres que lo adquirieron; y es un grato recuerdo de aquellos dias nebulosos, en que un horizonte sombrío cercaba por todas partes á este pueblo infortunado.

El brigadier D. Francisco Lemauro, que había sucedido al general Dávila en el mando de la pequeña guarnición española que se apoderó del castillo de S. Juan de Ulúa, como último atrincheramiento del poder castellano, fué el origen del plan de Casa Mata, cuya traición arrojó á Iturbide, del sólio á la oscura fosa de Padilla. Su empeño no era otro, que empañar el lustre de los laureles, que frescos adornaban aun, la frente de los que supieron hacer la independencia de su patria; y dividiendo á los mexicanos en facciones, preparar de esa manera sobre las cimas del Anahuac, el enarbolamiento del pendon de Castilla, que él ignoraba se había abatido para siempre.

Después de este primer paso sin causa justificada abrió sobre la ciudad de Veracruz un bombardeo con fría é inaudita crueldad, obligando á las familias á tener que vagar por todas partes buscando una hospitalidad, que les reemplazara el albergue de su hogar de que las privaba la innoble venganza del gefe español. La guarnición de Veracruz, con un valor á toda prueba, resistió por dos años este último rasgo de la tiranía española, sufriendo con gloriosa resignación el bombardeo del castillo, y manifestando que estaban dispuestos á sucumbir entre las

ruinas de la ciudad heroica, antes que consentir en que las cadenas que habia roto la mano de Iturbide, volviera á esclavizar á este pueblo al dominio español. El gobierno mandó cerrar el puerto de Veracruz, reemplazándolo con el de Alvarado á donde pasó el comercio; y el general Barragan como gefe militar auxiliado por D. Ignacio Esteva secretario de hacienda, dispuso de tal modo las operaciones, que al fin vinieron á rendir la poblacion de Ulúa, dando al poder de Castilla el último golpe en el mismo lugar desde donde por primera vez divisó el famoso conquistador Hernan Cortés, el dilatado imperio de Moctehuzuma, para adornar con esa rica joya la corona de Carlos V.

En el dilatado curso de las hostilidades entre Ulúa y Veracruz, el general D. José Copinger, digno descendiente de los bravos que defendieron la honra de España entre los derruidos muros de Sagunto y de Numancia, habia venido á reemplazar en el mando al fiero y cruel Lemaur; y con una guarnicion de cuatrocientos hombres, menoscabados todos los días por la peste y hechas víctimas de la mayor miseria, resistió con la gloria y dignidad de un héroe el asedio de la escuadrilla mexicana; que habia organizado Barragan y que mandaba D. Pedro Saenz de Baranda, oficial instruido y de valor. El gefe mexicano intimó al español que se rindiera, entregando la fortaleza; pero Copinger como un soldado leal, respondió con nobleza que no lo haria sino cuando se convenciera de que no sería socorrido por las fuerzas de su nacion: y cuando se desengañó de que no era auxiliado, y sus pequeñas tropas desfallecian por la continua fatiga, y eran laceradas por el hambre, entró en una capitulacion honrosa, y en esto no fué menos grande el general Barragan, porque el valiente es tan esforzado en el combate, como generoso en la victoria, no humillando al vencido que há sabido defenderse

con firme valor. Y á consecuencia de esa capitulacion el ejército mexicano ocupó las fortalezas de Ulúa el 18 de Noviembre de 1825, enarbolando sobre las cimas del Castillo, la bandera tricolor. El general Victoria llenó de regocijo porque en los dias de su administracion, se hubiera quitado del suelo mexicano el último resto del poder que avasalló á este pueblo por tres centurias, condujo las banderas del poder vencido, á depositarlas como un glorioso trofeo en el santuario donde los mexicanos veneran á la Virgen María que bajo el título de Guadalupe, es su especial protectora.

Algunos escritores, que fueron contemporaneos á los hechos que vamos refiriendo, se lisongean con la idea, de que los dos primeros años del gobierno del Sr. Victoria, fué la edad de oro de la república, y que al estado interior del país, correspondia el feliz éxito de nuestras relaciones en el exterior; pero yo no participo de esta creencia; y por los datos que he podido consultar, me convengo de que México al abrir su carrera de negociaciones con las potencias extranjerias, fué víctima de su inesperienza á la vez que del estado de debilidad en que la habia puesto el desarrollo violento de las facciones políticas. El gobierno de España, desconociendo el curso que llevaban los acontecimientos en el presente siglo, y encerrado en el estrecho círculo de una política mesquina, no quiso comprender la necesidad de que el pueblo mexicano, rompiendo la dura cadena con que lo encadenó al trono de Castilla la férrea mano del conquistador Hernan Cortés, entrara en la gran familia de las sociedades libres; y dejando pasar un tiempo precioso, en que pudo conseguir las ventajas que le daba la natural preponderancia que tenia sobre este pueblo que era obra suya, al mismo tiempo que servir con su ejemplo para que las demas naciones guardaran á México las consideraciones que le eran debidas

como pueblo independiente, retardó por miras egoistas el reconocimiento de nuestra independencia. Francia y las demás naciones que formaban la Santa Alianza, también desconocieron el derecho que tenía México á su libertad política, con el fin próximo de volverlo al dominio español; pero llevando por última mira afianzar la monarquía de la casa de Borbon. Inglaterra, que se negó á tomar parte en la liga de las naciones europeas reconoció la independencia y celebró un tratado con el comisionado mexicano D. Sebastian Camacho; pero en él sacó tantas ventajas, que aunque á México le trajo de pronto el bien de que se derramara en su seno el oro de aquella nación para explotar nuestras innumerables y ricas minas, también le ocasionó el perjuicio de que no pudiera desarrollar su marina propia y tener con ella el comercio como correspondía para su futuro engrandecimiento. Los Estados Unidos del Norte de América, aunque reconocieron la independencia por la declaración general que habían hecho para todos los Estados americanos, y de hecho mandaron su ministro, ya hemos visto, como esto, lejos de traernos provecho, no fué sino para atizar el fuego de nuestras discordias intestinas; y sacar grandes ventajas en beneficio de sus intereses, mientras nos adormecía con los mentidos alhagos de una amistad fingida. En 1826, el astuto ministro Poinsett, logró que el gobierno de México entablara con el suyo, negociaciones sobre el límite de ambos pueblos; y con este paso de aparente sinceridad, logró anular el tratado de límites que en 1819 había celebrado el plenipotenciario español D. Luis Onís, fijando el rio Sabina en la extremidad de Texas, como frontera del territorio de México: y con esto y el retardo calculado con que entregó el expediente á nuestro representante cerca del gobierno de Washington, además del destrozo con que apareció el expediente, hicieron que se prepararan esas

discordias que le han acarreado á nuestro país interminable serie de calamidades que lo agobian. Hasta en nuestras relaciones con Roma precedió la desgracia á nuestros primeros pasos. Fué designado para representar á México cerca de la Santa Sede, al Sr. Dr. D. Pablo Francisco Vazquez canónigo de la catedral de Puebla, y ciertamente la eleccion fué muy acertada. El Sr. Vazquez hombre de una vasta iustrucción y de un gusto exquisito por las ciencias y las bellas artes, era muy á propósito para representar con dignidad á la naciente sociedad mexicana en la culta nación de la vieja Europa: dotado de una prudencia y sensatez proverbiales, tenía las cualidades propias para desempeñar con habilidad las funciones de la diplomacia; y el hombre severo de intachables costumbres y que por la elevacion de su génio, mereció ser comparado con el gran Bosuett, no tiene duda, que era el que más convenia para ir á solicitar del Padre comun de los fieles, el remedio de las necesidades para el pueblo que lo mandaba. La Iglesia y la nación mexicana han podido quedar muy satisfechas de contar con un tan digno representante; pero la fatalidad que presidía á esta nación en sus primeros pasos, como pueblo libre, por haber emprendido su carrera en la caliginosa noche de la anarquía y los errores, hacia que no fuera infortunado ni en estos pasos, en que debía creerse no estar expuestos á las egoistas miras de una política interesada. Sin embargo, el estado que los negocios de América guardaban en Europa, la quimérica esperanza que tenía España de recobrar su dominacion en estos pueblos, y la consideracion que la corte romana tenía que guardar á la nación española, hicieron que las puertas de Roma no fueran dóciles para abrirse al enviado mexicano, que con admirable constancia peregrinó por distintas ciudades europeas instando con fé profunda y con la nobleza que cor-

respondía á su categoría, para que se escucharan las humildes quejas de la atribulada iglesia de México. El Señor quiso acrisolar la paciencia de los fieles de este suelo eminentemente católico y pasaron muchos años antes que recibiera el consuelo de ver anudadas sus relaciones con la metrópoli del mundo cristiano.

Así se hallaban las cosas en el exterior; y guardando en el interior el estado mas lamentable, el ódio de los partidos crecía extremadamente, preparando los ánimos para una conflagración: la prensa que era el órgano de desahogo para los partidos agitados, daba á luz las producciones mas insultantes, y poniendo en problema los mas sanos principios y las mas saludables máximas, hacia uso con sobrada frecuencia de la calumnia y la maledicencia. Dispuesto todo de esa manera, sobrevino un acontecimiento desgraciado, que fué la señal que indicaba haber llegado á otro hecho de los muchos con que está escrita la sangrienta historia de nuestras discordias fratricidas.

El 19 de Enero de 1827 tuvo una entrevista con el general Mora comandante superior del Distrito de México, el religioso dieguino español Fr. Joaquín Arenas. En ella lo invitó para que como hombre de honor y antiguo servidor del rey, protegiera la realizacion de un proyecto que dijo estarse poniendo en práctica por un comisionado régio para volver la nacion á la autoridad del monarca de España, y que contaba con un gran número de prosélitos, así por los que veian peligrar la religion católica con el desenfreno de la prensa y el rápido progreso de los principios demagógicos, como con los que se habian desengañado de no poderse establecer un gobierno estable y duradero á causa del calor con que los partidos debilitaban la accion del poder público y orillando á la nacion al abismo de la anarquía. El general Mora ofreció meditar sobre

asunto de tanta gravedad y resolver el dia siguiente; pero sin pérdida de tiempo participó al presidente el objeto de la entrevista, discutiéndose en junta de ministros lo que convenia hacer en un negocio que parecia de la mayor importancia, no solo para la tranquilidad pública interior, sino para afianzar la independencia del país que se creia amenazada. Se acordó nombrar cuatro testigos, que ocultándose en el mismo lugar donde se habia de efectuar la entrevista al dia siguiente, pudieran escuchar las proposiciones del P. Arenas, y suministrar pruebas bastantes para la formacion de la causa, que habia de ser de las mas célebres en México, así por las personas contra quienes obraba, como por los grandes intereses nacionales y de partido que en ella se iban á ventilar.

El P. Arenas sin sospechar la red que se le habia preparado, volvió á referir al general Mora, que el plan estaba formado en Madrid; que el rey habia nombrado para realizarlo, un comisionado régio, el cual residia en el país, y que estaban ya comprometidas muchas personas de la mas elevada categoría, aunque no descubrió nombre alguno, exigiendo que antes el comandante general se ligara con el juramento á guardar el debido secreto en todo. Así se fué alargando la conferencia, hasta que á los testigos les pareció tener los datos suficientes para acreditar la conspiracion; y saliendo de la pieza inmediata en que se hallaban, reprocharon con las palabras mas duras la conducta del P. Arenas, que no hizo mas de quejarse de haber sido traicionado, gloriándose de ser un mártir de su patria y de su religion.

En la instruccion de la sumaria, el P. Arenas estuvo confeso en el delito porque se le juzgó, y aunque uno de los partidos políticos valiéndose de este hecho, como de una arma, quiso afirmar que el plan no era sino imaginario y una intriga de su rival, el acusado sostuvo su con-